

EL PREMIO PERDIDO

Por *Moeita Burch*

MARLA tenía la boca tan caída que parecía que los extremos de la misma se iban a juntar por debajo del mentón. Tenía los ojos enrojecidos y tres arrugas grandes en la frente.

—¿Qué pasa, Marla? —preguntó su abuela—.

Parece como que hubieras perdido tu mejor amiga.

—Es peor que eso —farfulló Marla—. Estoy chasqueada, y no puedo aguantar los chascos.

—Qué tontería dices —exclamó la abuela—. Todos tienen que recibir chascos en alguna oportunidad, y es mejor que estén dispuestos a recibirlos.

—No puedo evitarlo —persistió Marla—. Soy así. Y de nuevo estalló en lágrimas.

—¿Y qué es lo que te chasqueó? —le preguntó la abuela en un tono más comprensivo—. Estoy curiosa por saberlo.

Marla sofocó sus sollozos.

—Judit y yo íbamos a ir el domingo a la exposición de caballos árabes que se realiza en Beldon, y ahora su padre ha tenido que salir por asuntos de negocios, y no podemos ir. Hemos estado esperando esta exposición desde hace dos meses. ¡Tengo un fastidio!

Y Marla comenzó de nuevo a sollozar.

—¿Y Judit se siente tan fastidiada también? —preguntó la abuela.

—No. Ella sólo dijo: “Oh, bueno”. Nada parece molestarla.

—Es una chica sabia —comentó la abuela—. De manera que todo lo que perdiste fue un corto viaje, y sin embargo lloras.

—No, eso no es todo —dijo Marla—. Mamá no terminó mi vestido nuevo a tiempo para la fiesta de cumpleaños de Ana, y no tengo nada que ponerme.

La abuela se rió con todas las ganas.

—“Nada que ponerme”. Creo que he escuchado decir eso a cada mujer que conozco. Si uno se guiara por lo que dicen, no tienen nada que ponerse.

—Eso no es divertido —Marla insistió—. Tú no sabes lo que es esperar una cosa durante mucho tiempo y que de repente quede en nada —y las lágrimas comenzaron a correr de nuevo.

—Oh, yo no sé —dijo la abuela—. Este rasgo evidentemente viene de familia. Yo solía ser exactamente como tú, pero afortunadamente aprendí a vencer esa debilidad. Mi tonta tendencia a lamentar los chascos, una vez me hizo perder un premio. ¿Quisieras escuchar lo que pasó?

— ¡Por supuesto!

A Marla le pareció que una buena historia podría ayudarla a sentirse mejor.

La abuela pensó durante un momento y luego comenzó la historia.

—En nuestra escuela secundaria se daba un curso de cocina que pensé que sería muy fácil. Pero resultó que no era tan fácil como me lo había imaginado. La profesora era muy exigente. Cada plato tenía que ser una obra de arte, y pronto descubrí que la cocina no era mi fuerte.

Marla la miró sorprendida.

—+Pero cómo has cambiado abuela!



La abuela sonrió.

—La experiencia es una buena maestra, querida. Me las arreglé para pasar con 6 y de vez en cuando con un 8, pero nunca pude presentar un plato que realmente fuera extraordinario.

— ¿Y llorabas porque no podías lograrlo? —preguntó Marla.

—No; no al principio. Las lágrimas vinieron después; pero cuando llegaron, eran como una inundación.

Cerca de la mitad del semestre nuestra profesora anunció que realizaríamos una exposición de alimentos en una de las vidrieras del centro. Nos dio permiso para que escogiéramos los platos que queríamos preparar. Inmediatamente planeé hacer una torta de coco. Sería una belleza de cuatro capas, con un baño blanco brillante y coco fresco rallado todo alrededor.

—Se me hace agua a la boca, —interrumpió Marla.

—La visión de esa torta también hizo que se me hiciera agua a la boca, querida. Podía imaginarme esa torta en medio de la vidriera, rodeada por toda clase de tortas, pero ninguna como la mía.

—¿Cómo resultó? —preguntó Marla que ya estaba tan interesada en la torta que casi se había olvidado de su chasco.

La abuela se rió.

—Cuando le dije a la profesora lo que había decidido hacer, me miró incrédula. Sacudió la cabeza y dijo: “Todavía no estás lista para eso, Ester. Creo que tú podrías preparar bien unos bollitos”.

—¡Bollitos! Me quedé mirándola como si no hubiera escuchado bien. ¡Simples bollitos! Nunca consentiría en algo semejante. Quién se imaginaría poner eso en una exposición. Pensé que la profesora estaba bromeando, pero cuando vi que escribió bollitos junto a mi nombre en su libro de registro, me di cuenta de que eso era lo que ella había querido decir. Comencé a discutir con ella, pero ella se volvió para atender otras tareas.

“Entonces, María, como tú, chasqueada me desanimé. Tan pronto como pude quitarme el delantal y la gorra, salí de la cocina y corrí escaleras arriba al cuarto de las gavetas. Y allí me eché a llorar. No podía soportarlo. La hermosa torta de mis sueños no estaría en el centro de la vidriera”.

—¡Qué terrible! —dijo Marla.

—Qué tontería, diría yo más bien —corrigió la abuela—. En lugar de concentrarme para hacer los mejores bollitos de que fuera capaz, rehusé olvidar mi chasco. Me enfurruñé por cuatro días. Cuando mamá me preguntó qué me pasaba, le dije: “Esa profesora de cocina me hace hacer bollitos para la exposición que tendremos en el centro la semana que viene. ¡Imagínate! Ella sabía muy bien que yo quería hacer una torta de coco”.

—Mira, Ester —mi madre trató de consolarme—. Tus bollitos son deliciosos. Nunca he comido nada mejor. No te aflijas por eso, chica”.

—Fu” —dije.

Marla tuvo que reírse. Esa era una verdadera historia.

—Cuando finalmente llegó el día de la exposición —continuó la abuela—, todos los alumnos estaban ansiosos, excepto yo. Yo estaba fastidiada y enojada. Yo le enseñaría a esa profesora. Yo la desacreditaría con mi cocina.

“Lo peor era que no había excusa para mi comportamiento. Mamá tenía razón; yo podía hacer buenos bollitos; ella misma me había enseñado a hacerlos, y su receta fácil siempre salía bien. Yo los hacía cuando necesitábamos un postre rápido.

“No me afligí por mis bollitos. A propósito fui descuidada al medir los ingredientes. Cuando saqué la lata del horno, los bollitos eran un desastre. Pero era yo quien me había desacreditado, no la maestra. Ella les echó una mirada, los tiró al tarro de la basura, y me ordenó probar de nuevo. Obedecí, encolerizada. La segunda tanda era un poquito mejor, pero no decía mucho. La profesora no estaba conforme, pero no había tiempo para hacer más. Los espolvoré con azúcar impalpable y los añadí a las cosas que estaban listas para salir.

“Ahora me sentía avergonzada. Mi nombre estaría junto a esas desgracias. ¡No había pensado en eso! Comencé a sentirme incómoda. Esa noche en casa me sentí mortificada. Mamá había estado en el centro y había visto la exhibición. Cuando me preguntó por qué mis bollitos tenían tan mala apariencia, tuve que confesarle que no me había esmerado.

“Más tarde descubrí que todas las tortas que se presentaban podían ganar premios, pero lo que yo presenté, naturalmente, no había llenado las condiciones para el concurso. Si yo no hubiera permitido que el chasco me arruinara, fácilmente podría haber ganado un primer premio con los bollitos que sabía

hacer tan bien, con sólo esmerarme.

Marla, ese día aprendí una lección. Desde entonces me trago los chascos y hago lo mejor que puedo. Y puedo asegurarte querida que eso me ha valido muchísimo en los largos años de mi vida”.

—Entonces yo también puedo aprender a tragarme los míos —declaró Marla.